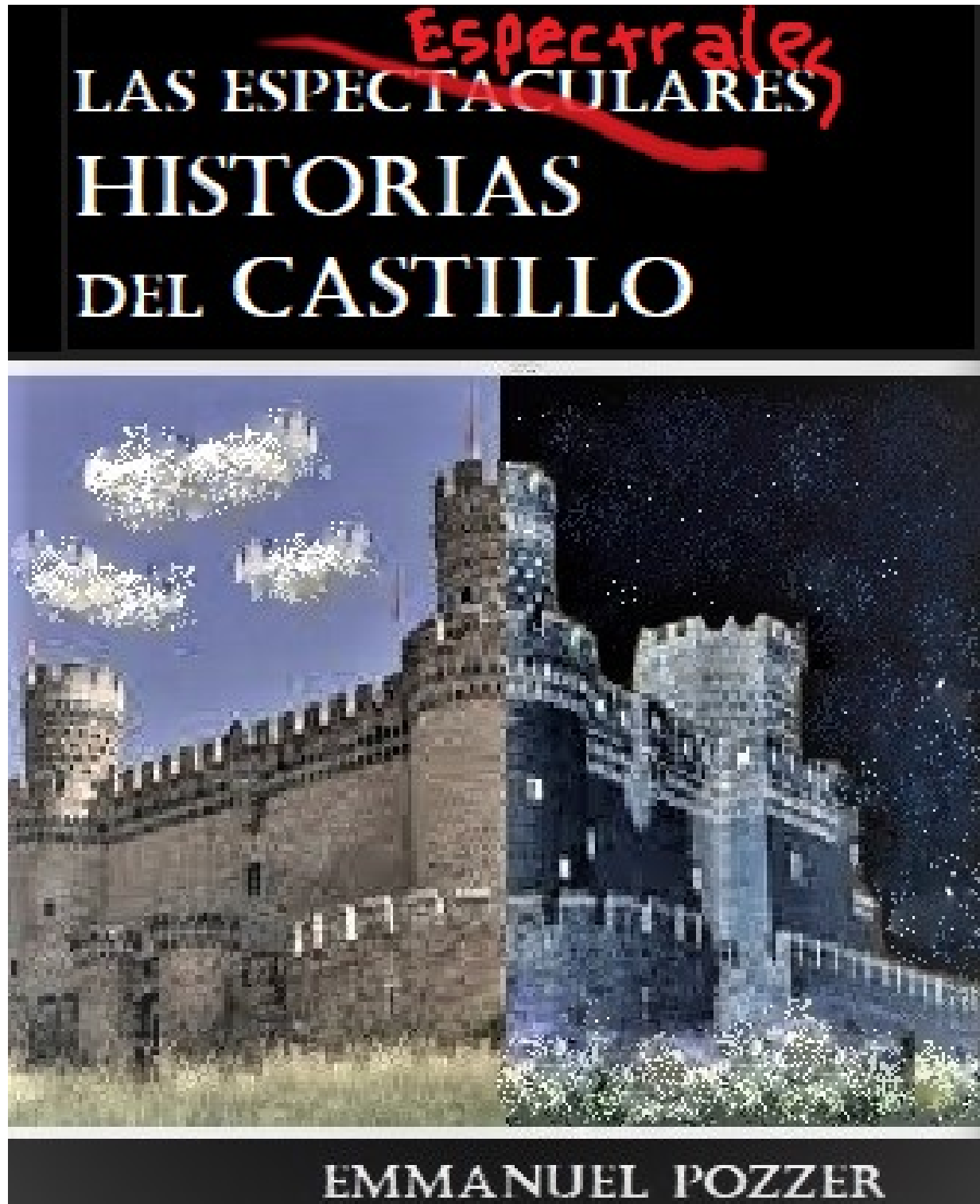


Las Espectrales Historias del Castillo

Emmanuel P



Capítulo 1

Cuento I

La Leyenda del constructor

Hubo un tiempo en que tenía una espesa melena color castaño claro, barba incipiente, brazos robustos y hombros exagerados. En ese tiempo, era leñador.

Talé pinos, talé fresnos, talé abetos, talé robles. Talé, aserré, cepillé, talé.

Hasta esos días, vivía con mis padres, pero mi edad ya demandaba el vuelo. Materiales no me faltaban y usé mi ingenio para construir una humilde morada.

Tomé pinos, tomé fresnos, tomé abetos, tomé robles. Corté, clavé, encastré, corté, encastré, corté, clavé, erigí.

La cabaña era modesta, de planta rectangular y techo a dos aguas. Pero las proporciones eran exactas, los encastrés precisos, la funcionalidad excelente. Era cálida por las noches y fresca durante el día, un hogar acogedor.

Muchos habitantes de la aldea se vieron sorprendidos por mi proeza y empezaron los encargos.

Hubo un tiempo en que tenía una espesa barba color castaño claro, calvicie incipiente, determinación robusta y arrogancia exagerada. En ese tiempo, era constructor.

Construí establos, construí graneros, construí cabañas, construí casas. Construí, diseñé, construí, construí.

Un día, se acercó a mí un sacerdote del Sol. Había evaluado mis obras y me encargó un templo nuevo. Era una tarea ardua, así que tomé aprendices a mi cargo.

Entrené carpinteros, entrené alarifes, entrené picapedreros, entrené herreros. Entrené, dirigí, diseñé, dirigí.

El templo era ostentoso. Tenía una base circular empedrada, paredes de roca caliza encastrada, columnas de granito pulidas y una gran cúpula metálica esmaltada en dorado. La cima estaba coronada con un gran brasero, en el que una llama ardería día y noche como un segundo sol.

Otros hombres del clérigo e incluso miembros de familias nobles se vieron sorprendidos por mi trabajo y continuaron los encargos.

Hubo un tiempo en que tenía una prolija barba llena de canas blancas, arrugas incipientes, ingenio robusto y soberbia exagerada. En ese tiempo, era jefe de construcción.

Construí templos, construí torres, construí fortines, construí atalayas. Construí, diseñé, dirigí, construí.

Un día, se acercó a mí un señor feudal. Había evaluado mis obras y me encargó un castillo nuevo. Debía ser fortificado, con defensas inexpugnables.

Planifiqué muros, diseñé laberintos, posicioné torres, edificué fortines. Diseñé, planifiqué, erigí, fortifiqué.

El castillo era impenetrable. La muralla exterior era de bloques de basalto, con una altura de cuarenta pies; las torres de vigilancia estaban fortificadas y duplicaban esa elevación; había pasajes laberínticos diseñados para hacer inaccesible al palacio interior; los torreones principales eran tan robustos que resistirían el embate de cualquier catapulta y tan altos que subir las escalinatas hasta la cúspide causaba dolor en las piernas; y los salones eran tan amplios y altos como casas.

El señor Feudal estaba impresionado, había superado sus expectativas increíblemente.

– Pero hay un problema –dijo el noble –: nadie puede entrar o salir del castillo si no conoce qué caminos seguir en los pasadizos laberínticos –hizo una pausa –. Pero tú sí sabes...

Hubo un tiempo en que tenía un prolijo atuendo dorado, joyas relucientes, alegría incontenible y moral inexistente. En ese tiempo, era el conocedor del castillo.

Oí llamados, oí pedidos de auxilio, oí gritos, oí maldiciones, oí desesperación, esperé. Esperé, esperé, esperé, no oí nada más, solo silencio. Y en ese entonces, ingresó el leñador.

Capítulo 2

Cuento II

Noche de Guardia

Otra noche fría y oscura.

En el cielo no se divisaban estrellas, sólo el pálido brillo de la luna que apenas traslucía a través de un espeso manto de niebla. En los campos, los jirones de bruma recorrían los sembrados como si fuesen serpientes fantasmagóricas.

Como todas las noches, Clyde vigilaba sobre la cima del muro exterior del antiguo castillo. Portaba una lanza larga cuya punta mellada jamás había afilado, se cubría el torso con su vieja y oxidada cota de mallas, llevaba una raída capa de lana color amarillo pálido, y en la cabeza lucía el yelmo abollado que una vez lo había salvado de un golpe mortal.

Clyde era el guardia más añejo de la fortaleza, y hacía ya diez años que le habían asignado el turno nocturno. Su tarea era patrullar todo el perímetro de la muralla exterior, dando vueltas una y otra vez, vigilando en busca de intrusos o merodeadores. En general, sus guardias eran tranquilas, casi al límite de lo aburrido y durante sus rondas, pocas veces divisaba otra alma más que la suya.

El guardia recorría el ala meridional con el sigilo de un espectro.

Sus pasos estaban desprovistos de toda sonoridad sobre aquel alto y robusto murallón pétreo. Estaba construido con piedras de basalto negro asentadas en barro, decorado únicamente por una gruesa capa de musgo verde intenso que trepaba desde la base, siguiendo el errático trayecto que formaban grietas y las juntas.

Clyde recordaba el terror que sintió la primera vez que transitó esa cornisa: medía cuarenta pies de altura, pero solo dos de ancho, y el parapeto apenas si le llegaba a la rodilla. Desde aquel entonces, habían pasado ya muchos años de servicio; la espesa barba de Clyde se había vuelto blanca como motas de algodón; donde antes lucía una tupida

cabellera, solo se veía su pálida piel; y lo que en el pasado le causaba miedo, ahora le resultaba tan natural como existir. Después de una vida entera patrullando, el guardia podía recorrer el sendero con los ojos cerrados, la muralla se había transformado en parte de su ser.

Ahora, recorría el ala occidental. Tras él, su añeja capa ondeaba como una sombra fantasmal.

De repente, una ráfaga negra cruzó entre sus pies y se detuvo a pocos pasos de distancia. El viejo gato lo miró con sus profundos ojos azules como estanques, y mientras enseñaba sus dientes, emitió un sonido agudo, algo intermedio entre un maullido y un gruñido. Dio media vuelta y se alejó.

Alguna vez Inky fue un fiel amigo, solía acompañarlo en todas sus rondas pisándole los talones, como si se tratara de una pequeña sombra, y le encantaba frotarse cariñosamente contra sus pantorrillas entre ronroneos y maullidos. La vejez no había sentado bien en el animal, se había vuelto una criatura arisca, poco afectuosa e impredecible.

Clyde lo extrañaba, sus patrullas se habían vuelto mucho más solitarias sin su compañía.

Mientras recorría el ala septentrional, su cota de mallas parecía emitir un tenue resplandor azulado ante el fulgor de la luna, que ahora se alzaba ominosa y casi desprovista del manto calígine la había estado ocultando.

A lo lejos, divisó el torreón principal del alcázar, donde la luz de una vela destacaba en una de las ventanas. Se trataba del aposento de su Señor, quien estaba sentado junto a un escritorio, leyendo viejos pergaminos. El noble había pasado toda la noche allí. Esa noche, y todas las anteriores.

Algo pareció perturbar la concentración de su Señor, pues se incorporó y se acercó a la ventana para contemplar la oscuridad del éter. Como todas las noches, había dirigido la mirada hacia donde se encontraba Clyde, y el viejo guardia renovó su fe.

Clyde levantó instintivamente la mano a modo de saludo, pero la bajó lentamente con la esperanza quebrantada y una sonrisa ambigua al darse cuenta que otra vez, el Señor no podía verle, pues estaba muerto.

Cuando llegó al ala oriental, divisó los primeros tonos dorados y rojizos que se entremezclaban en las nubes del horizonte.

Con el alba, otra noche de guardia llegaba a su fin y Clyde descendió por las escaleras desde lo alto del muro, rumbo a sus aposentos.

Dormía en un diminuto cuarto ubicado en el subsuelo, al que se accedía desde una pequeña puerta de rejas ubicada en una pared de piedra. Clyde abrió la reja, que rechinó con un espeluznante sonido a metal oxidado; luego bajó los peldaños uno a uno, percibiendo como el frío y la penumbra lo envolvían a medida que descendía. Se sintió cansado, viejo.

Su aposento era oscuro y húmedo, su lecho rígido y estrecho. Eso no le importaba.

Nada de eso podía importarle a un muerto.

Capítulo 3

Cuento III

Duelo de Alquimistas

El sol del verano apenas asomaba en el horizonte, pero el castillo había despertado temprano y ahora mostraba más vida de lo que había tenido en mucho tiempo. Aquí y allá se movían los sirvientes en todas las salas y pasillos, quitando telarañas, limpiando el polvo y colocando coloridos tapices y alfombras en los lúgubres pisos y paredes grisáceos del lugar.

Era una ocasión especial, pues un nuevo y joven Señor había sido nombrado por el rey como Protector del Feudo de Apyté, y ese día llegaba a la fortaleza para habitarlo de aquí en más y ejercer su flamante cargo.

Los aldeanos del pueblo aledaño al castillo ya estaban haciendo sus apuestas sobre cuánto iba a durar el recién llegado, pues la fortaleza tenía un espeluznante prontuario. El anterior Señor y sus herederos habían perecido en circunstancias extrañas, al igual que su predecesor, el predecesor de éste, y el de éste. Muchos decían que el castillo tenía voluntad propia y rechazaba a todo aquel que no fuese digno de él, otros creían que estaba embrujado, lleno de fantasmas. Los más sabios, en cambio, hablaban de envenenadores, aunque no podían afirmar cuáles serían las motivaciones que pudiera tener alguna persona para asesinar a nobles aristocráticos de altísima cuna.

Pocos días posteriores a la llegada de El Señor, se convocó a una audiencia pública para realizar su presentación formal y para que oyera las necesidades de su nuevo pueblo.

Casi todo el pueblo asistió al evento. El Gran Salón del castillo estaba atestado de gente, desde el más mugriento granjero, hasta el más perfumado mercader, todos querían ver y oír al recién llegado, y unos cuantos querían saber si no moriría aquel mismo día, puesto que eso era lo que algunos habían apostado.

En el estrado, el trono aún permanecía vacío, y los presentes expresaban su ansiedad con murmullos y nuevas apuestas.

De repente, sonó una fanfarria de trompetas.

¶Ante ustedes! ¶Anunció un heraldo con voz ceremonial ¶El Señor Prota Agerochos Ypiretis Hijo Ultimo! Flamante Protector del Feudo de Apyté y portador de nombres difíciles de pronunciar ¶Finalizó el anuncio señalando hacia la puerta de entrada.

Todos los presentes voltearon la mirada en la dirección que se les fue indicada.

Allí, en el marco de la puerta observaron la erguida silueta de un gran hombre, rodeado de un resplandor dorado, acompañado de una música celestial y un coro angelical.

El Señor ingresó al Gran Salón, seguido por siete enanos. Uno llevaba una antorcha que hacía resplandecer la espalda de El Señor, otros dos interpretaban la armoniosa melodía con una lira y una flauta, el resto iba entonando el coro.

Los presentes abrieron paso formando un gran pasillo y la comitiva avanzó hacia el estrado. El Señor no se sentó en el trono, sino que se quedó de pie junto a él, y los enanos formaron a su alrededor en posición de media luna, sin cesar la música ni el canto.

Todos los presentes murmuraban entre ellos. Algunos hablaban de la nobleza que proyectaba El Señor, otros hablaban de lo ridículo que era eso de los enanos, y otros con tono más preocupado, se preguntaban cómo harían para recordar y pronunciar todos los nombres de aquel hombre.

El Señor levantó una mano para acallar los murmullos. Todos guardaron silencio, excepto por los enanos de la lira y la flauta que seguían tocando, pero ahora en un tono más bajo.

– Estimados ciudadanos de Apyté –pronunció El Señor –: sed bienvenidos a la primera audiencia de mi gobierno. Es un placer para mi persona contar con vuestra presencia...

El Señor continuó hablando, dando un extenso discurso sobre sus expectativas para el feudo y su rol como gobernante. Cuando notó que el público empezaba a aburrirse, dijo:

–Ahora, si alguno de vosotros tenéis algún asunto de importancia que requiera mi atención, podéis hablar.

Muchos levantaron la mano, y El Señor los fue escuchando a todos.

Dos terratenientes plantearon un conflicto por una porción de tierra de la cual ambos proclamaban ser dueños. El Señor subsanó el conflicto

dividiendo el terreno en dos y adjudicando una parte a cada uno.

Dos mujeres trabajadoras del rubro textil plantearon otro conflicto, esta vez por las ganancias de un vestido, pues una había hilado los tejidos y la otra confeccionado la prenda. El Señor subsanó el conflicto dividiendo las ganancias en dos, y adjudicando una parte a cada una.

Un hombre y una mujer reclamaban a una niña huérfana, pues el hombre era el tío por lado materno y la mujer era la tía por lado paterno. El Señor subsanó el conflicto de la misma manera que en los casos anteriores, es decir, decidiendo lo que le parecía más justo. En este caso, dejó que la niña eligiera quién sería su tutor.

Luego, varios granjeros pidieron palabra y la mayoría de ellos manifestaron tener problemas con sus cosechas o con el ganado, ya que las tierras de Apyté estaban pasando por un período de sequía. Pero otros, solo querían preguntar si tenían que utilizar todos los nombres y títulos de El Señor cada vez que se refieran a él, al igual que lo hicieron los que hablaron antes.

El Señor atendió todos los problemas de carácter granjil planteados, comprometiéndose a compensar parte de las pérdidas en cosechas y hacienda, a cambio de un pequeño aumento de los impuestos en el año próximo. Respecto a la manera de referirse a él, resolvió que podían llamarlo Payhu por el acrónimo de sus nombres. Los granjeros quedaron conformes con la compensación de pérdidas, pero no tanto con el aumento de impuestos ni con lo del acrónimo (pues el nombre les seguía pareciendo difícil de pronunciar y no sabían lo que acrónimo significaba). Aun así, aceptaron.

Una vez que todas las inquietudes y problemas de los súbditos fueron atendidas, Payhu cambió su voz a un tono más serio. Los enanos que aún seguían tocando, tornaron la melodía hacia otra más tétrica y cargada de suspenso y dramatismo.

–Antes de concluir esta audiencia, es preciso que os informe de algo importante □dijo Payhu □Tiempos difíciles acontecen en nuestro feudo. Es de público conocimiento las trágicas desventuras que han sufrido mis predecesores, y el rey en persona me ha ordenado que tome los recaudos necesarios para evitar que mi propia vida corra peligro.

La concurrencia empezó a murmurar.

– ¡Es la maldición! – Se oyó el grito de un campesino del fondo.

– ¡Espíritus vengativos! –exclamó una mujer noble de la primera fila.

El soberano levantó una mano pidiendo silencio, y cuando todos callaron, continuó.

–Nada de fantasmas ni espíritus. He recibido informes lamentables, una conspiración estuvo dándose en curso en estos fatídicos años. Alguien ha osado envenenar a mis antecesores, y os aseguro que intentará hacer lo mismo con quien os habla.

Esta vez los murmullos fueron mucho más estrepitosos, uno de los enanos del coro se llevó una mano a la frente y cayó de espaldas, desmayado.

– ¡¿Cómo puede ser?! – exclamó una dama.

– ¿Quién sería capaz de semejante atrocidad? –dijo un gordo comerciante.

– ¡Enemigos del reino! – Contestó otro.

– Enemigos del reino. Bien dicho –concluyó El Señor. El público calló para oírlo nuevamente –. Con la consecuencia de parecer egoísta, debo admitir que he convocado esta audiencia no solo para presentarme y atender las necesidades de mi querido pueblo, también necesito convocar ayuda para detener el mal que asecha –hizo una pausa antes de proseguir y la música de los enanos se detuvo para incrementar el suspenso–. Solicito vuestro apoyo, la ayuda de mis leales súbditos para enfrentar a un enemigo que no se deja ver.

– Si os place permitirme la palabra, Su Señoría –dijo un hombre de la primera fila, haciendo una exagerada referencia. Su exótico perfume era tan fuerte que Payhu podía sentirlo desde el estrado.

– Podéis hablar.

– Mi nombre es Nemopy, y soy un renombrado alquimista –dijo el hombre –En mi boticario, tengo antídotos para todos los venenos conocidos por los mortales. Sería un honor servirlos en vuestro palacio y permanecer al cuidado de vuestra seguridad.

El alquimista hablaba de manera casi tan ostentosa como sus vestimentas. Tradicionalmente, la orden de los alquimistas utilizaba túnicas sencillas de lana basta, teñidas en color verde musgo. Pero Nemopy no se ajustaba a esa generalidad, vestía atavíos de fina seda verde con bordados en forma de enredaderas llenas de hojas y flores, adornaba su cuello con un collar de esmeraldas, y adornaba las

esmeraldas con incrustaciones de pequeños diamantes.

– Lamento interrumpir, Su Señoría –dijo un anciano, haciéndose paso entre la gente para llegar a la primera fila–. Me temo que ese plan no puede funcionar.

– Tened la bondad de presentaos, buen hombre –solicitó Payhu.

– Mi nombre es Caleo, soy un estudioso –contestó el viejo.

– Creo haber oído hablar de vuestro prestigio –. Admitió El Señor.

En efecto, la reputación de aquel hombre era conocida en todo el reino. Un hombre nacido en una humilde familia de campesinos, que con perseverancia y trabajo duro cruzó barreras más allá de lo pensado, y tras varias décadas de sacrificio y buenos maestros, había aprendido el arte de la sanación, la alquimia, la astrología, la piromancia y la erudición. La gente del pueblo llano lo llamaba archimago, y el anciano se había convertido en una de las palabras más respetadas entre sus pares.

Payhu jamás lo había visto en persona, y al saber quién era, se sorprendió, pues no tenía en absoluto la apariencia que él hubiese imaginado. No era un mago de cuentos, con sombrero en punta y una larga barba blanca; sino un simple viejito calvo vestido con ropas de algodón de diversos colores.

–¿Realmente creéis que prestarle mis servicios a nuestro Señor es mala idea? –intervino Nemopy en la conversación, utilizando un tono sarcástico y lanzando una mirada llena de desprecio –¿Es esto una treta vil para congraciarte y codearte con la nobleza?

–¡Si! –dijo Caleo, como respuesta a la primera pregunta –y no, no es una treta –agregó como respuesta a la segunda –. Lamentablemente, muchos de los venenos más potentes poseen síntomas muy similares. Si se aplicara el antídoto incorrecto, el final sería trágico.

– ¿Y cuál es vuestra propuesta, archimago? –preguntó El Señor Payhu, muy interesado en la sabiduría de Caleo.

–Bueno... Pues existe un antídoto que podríamos llamar universal. Cualquier veneno puede ser contrarrestado por un veneno más poderoso.

–Ohhh... –dijo Payhu en un tono intermedio entre sorpresa y confusión.

–Ohhh... –repitieron los enanos como un eco.

– ¿Puedes explicarlo mejor? –dijo Payhu – ¿No estarás tratando de hacer

que me envenene a mí mismo, verdad?

–Claro que si –dijo Caleo, otra vez respondiendo a la primera pregunta

–Lo explicaré mejor: una vez que una toxina empieza a hacer efecto en el cuerpo, un segundo veneno más fuerte ataca al primero. Como consecuencia, se anulan entre sí –hizo una pausa y agregó –. Y por supuesto que no intento que se envenene a usted mismo, solo trato de dar buenos concejos.

–Entiendo –dijo Payhu, aunque su rostro seguía expresando confusión –. Proporcionadme entonces vuestro veneno más poderoso.

– Así será, mi Señoría –contestó el archimago.

– Mi buen Señor –interrumpió Nemopy –. El único veneno poderoso que este hombre tiene para ofrecer es la palabra que sale de su boca. Es sabido que mi boticario es el más completo de la región, sin dudas podría proveer la pócima que garantice ser la más mortífera.

–Tu boticario es el más grande, no lo niego, pero he de decir que yo fui aprendiz de alquimistas de destacada sabiduría, y he viajado a reinos lejanos en busca de nuevos conocimientos –dijo el archimago –. Si a nuestro Señor no le ofende mi falta de humildad, debo advertirle que una pócima preparada por mí sería la mejor opción.

Luego de las palabras de Caleo, se encendió una acalorada discusión entre él y Nemopy. El tono se elevó y se intercambiaron varios insultos entre los que destacaron: “planta trepadora”, “serpiente venenosa”, “serpiente rastrera”, “planta rastrera”, “planta venenosa”, “serpiente trepadora” y “hombre de poca imaginación incluso para inventar insultos”. El resto de los presentes también intercambiaban comentarios y pullas entre ellos, especialmente los enanos.

Payhu parecía incomodo con el alboroto, pero permaneció un instante en silencio, meditando la situación, y se dio cuenta que lo que más lo incomodaba, era que aquellos que discutían podían llegar a ser los principales sospechosos ante una situación de envenenamiento.

Luego, El Señor levantó la mano para que todos callaran, y así lo hicieron, a excepción de Nemopy que pronunció unas últimas palabras.

–¡Esto se solucionará con un duelo a muerte! –dijo el pretencioso alquimista.

–¡Ohhh! –exclamó la multitud al unísono.

–¡Ohhh! –repitieron los enanos como un eco.

Payhu permaneció en silencio, su única reacción fue fruncir el ceño.

–¿Duelo? –Caleo estaba atónito –Somos hombres del saber, no de las espadas.

–¡Un duelo de alquimistas! –Nemopy soltó una carcajada de satisfacción, similar a esas risas malvadas que tienen los malos de los cuentos–. Vos y yo presentaremos nuestros venenos más poderosos, cada uno tomará la pócima de su adversario en primer lugar, luego la suya. Quien sobreviva será quien posea el veneno con mayor poder.

–Pues me parece lo más absurdo que he oído en años –dijo Caleo.

– ¿Tenéis miedo, gallina rastrera? –dijo el falto de imaginación alquimista.

–Miedo no. Solo sentido común –contestó el archimago –y no quiero ser responsable de tu muerte.

Pero el resto de los presentes opinaba distinto.

–¡Duelo!¡Duelo!¡Duelo! –empezaron a gritar los enanos. Pronto, el resto de la sala se unió a las exclamaciones.

Payhu se sentía presionado. No le agradaba la idea, pero era un Señor joven y nunca antes había estado en una situación como esta, tenía miedo de ser abucheado si su veredicto era insatisfactorio para la muchedumbre. Además, sus sospechas aumentaban cada vez más sobre aquellos hombres que se disputaban el título de portador del veneno más poderoso, y especialmente sospechaba de Nemopy. Tal vez la situación le sirviera para eliminar un posible conspirador y luego poder tener vigilado al otro sospechoso.

–Quiero que sepáis que no soy partidario de los duelos –dijo finalmente –pero mi padre me enseñó que un buen gobernante oye a su pueblo, y el pueblo se ha manifestado –hizo una breve pausa antes de continuar –No quiero sin embargo, forzar la voluntad de hombres libres. Caleo: si estáis dispuesto a participar del duelo, adelante; de lo contrario, sois libre de negarte, pero en dicho caso, me veré obligado a aceptar los servicios de Nemopy – soslayadamente, Payhu intentaba con estas palabras, hostigar a Caleo para que aceptara.

Caleo permaneció en silencio sepulcral durante un instante.

Los enanos tocaron una música de suspenso y tensión para acompañar la

escena.

Finalmente, el archimago aceptó.

Payhu les otorgó una hora a los contendientes para que fueran en busca de su veneno más poderoso. El resto de los presentes se quedó en la sala, expectantes. El señor hizo llamar a un bufón para que los entretuviera con unos malabares mientras tanto, pero el artista no tuvo éxito. La muchedumbre no estaba para tonterías, allí la tensión podía cortarse con un cuchillo.

Camino a su boticario, Nemopy iba repasando su estrategia. Él era consciente de la sabiduría de Caleo, sin dudas el archimago poseería un veneno mucho más mortífero que cualquiera que Nemopy pudiera tener en las estanterías de su boticario. Pero el perfumado alquimista tenía un plan muy elaborado, y como pasa frecuentemente en los cuentos, verbalizó su estratagema en voz alta, porque aunque se encontraba a solas, necesitaba que los lectores se enteraran.

¶ Antes de entrar al Gran Salón, consumiré un veneno poco potente, uno cuyo efecto tarde muchos minutos en actuar ¶ dijo Nemopy ¶ Cuando me encuentre frente a Payhu, presentaré un frasco lleno de agua teñida con colorante, como si fuera mi pócima elegida. Al momento de la prueba, tendré que consumir primero el veneno de Caleo y esa poderosa toxina anulará el efecto del veneno débil que habría consumido anteriormente. Luego, probaría el agua teñida, que por supuesto, no causará daño alguno en mi salud ¶ Sonrió de forma villanesca y continuó hablando ¶ En cambio, el soberbio archimago deberá consumir primero el agua coloreada, y luego, al tomar su propia pócima mortífera, morirá ¶ culminó el discurso con su risa malvada ¶ Muajajajaja.

Lo que Nemopy no sabía, es que como frecuentemente pasa en los cuentos, Caleo lo estaba siguiendo, oculto, sin que lo viera. Había oído todo el plan.

Mientras tanto, en el interior del Gran Salón y cerca del estrado, colocaron una pequeña mesa con cuatro copas que serían utilizadas durante el duelo.

La muchedumbre esperaba en silencio, mostrando un semblante de aburrimiento. El bufón estaba sentado en un taburete, sin hacer ninguna

gracia.

Exactamente al cumplirse la hora estipulada, Caleo reingresó al salón portando una botella sencilla, cargada de un líquido transparente.

Los presentes empezaron a murmurar y a realizar las apuestas.

Minutos después llegó Nemopy, que sin que nadie lo viera, había ingerido su veneno débil antes de ingresar al castillo, y ahora traía en la mano una botella muy ornamentada cargada con agua coloreada del mismo verde que las esmeraldas de su collar.

Los presentes ultimaron las apuestas.

Los contendientes se miraron de manera desafiante pero no intercambiaron palabra.

El enano de la lira inició a tocar una melodía fúnebre y los del coro acompañaron con un cántico ominoso.

–Comencemos –dijo Payhu –. Cada uno debe verter su poción en dos de las copas –hizo un gesto con la mano, como invitando a los contendientes a empezar.

– Su Señoría, os presento la toxina más poderosa que podréis encontrar en todo el reino –dijo el alquimista de las esmeraldas, utilizando un tono ceremonial.

Nemopy destapó la botella y llenó dos de las copas con su agua teñida de verde.

El archimago lo imitó, llenando las otras dos copas con su poción cristalina.

–Bien. Según las reglas que habéis establecido antes, cada uno de vosotros tomaréis el veneno de su adversario en primer lugar, luego el suyo –explicó Payhu.

La música y el canto de los enanos se intensificó.

El primero en obedecer, fue Nemopy. El alquimista estaba ansioso, su rostro estaba pálido y cubierto de transpiración. Bebió el líquido transparente de un solo trago, pero no generó un efecto inmediato

– No tiene sabor ¿De qué veneno se trata? –preguntó Nemopy.

–Un archimago nunca revela sus trucos –contestó Caleo.

El alquimista perfumado frunció el ceño y recogió una de las copas con el agua teñida de verde. Ingirió el contenido en un sorbo.

Luego fue el turno del archimago. Agarró la otra copa con líquido verde entre sus manos temblorosas, y bebió la pócima en pequeños sorbos. Al finalizar, sonrió.

Repitió lo mismo con su bebida transparente.

–¿Y ahora? ¿Qué ha pasado? –Payhu estaba impaciente por saber el resultado de la prueba, aunque no tanto como el resto de los presentes que murmuraban de manera exagerada, especialmente los que habían apostado.

– Ahora debemos esperar que los venenos actúen –dijo el archimago, con voz serena.

Esperaron varios minutos.

Nemopy transpiraba. La música de los enanos se hacía más intensa, más ominosa. Nemopy empezaba a temblar y las finas sedas que lo vestían se empapaban. El coro de enanos llegó a un agudo insostenible. El fuerte perfume de Nemopy se opacó por el hedor del sudor.

De repente, el alquimista cayó estrepitosamente al suelo.

– ¡Ohhh! –dijo Payhu.

Los enanos no repitieron en coro, solo pusieron cara de decepción y dejaron la música, pues habían apostado a favor de Nemopy. Entre la multitud, varias personas también se mostraron defraudados, pero otros vitoreaban a Caleo y festejaban.

– ¡Parece que tenemos un vencedor! – exclamaban aquellos que habían apostado por el archimago.

Caleo, en contraparte, parecía consternado, miraba a su rival que yacía inconsciente, pero aún respiraba.

– Mi Señor, tenga compasión de este pobre hombre, no merece morir –dijo Caleo señalando a Nemopy.

Payhu dudó un instante, pues sabía que Nemopy era un hombre peligroso, tal vez sería mejor dejarlo morir. Pero la bondad de El Señor primó entre sus otras emociones, él era un hombre justo y compasivo, no tenía pruebas en contra de Nemopy, solo sospechas, así que no podía dejarlo

sucumbir.

– Está bien –dijo –¿Aplicarle vuestro veneno contrarrestará el efecto?

–No. La regla es un veneno más fuerte, éste sería el mismo veneno –dijo Caleo como si tratara de explicarle a un niño como hacer cuentas –, pero tengo el antídoto exacto de este veneno en mi humilde morada, si ordena a sus hombres que trasladen a Nemopy hasta allá rápidamente, podré tratarlo a tiempo.

– ¡Enanos! Ya oyeron ¡Muévanse! ¡Rápido!

Sin bacilar un instante, los enanos cargaron al hombre inconsciente en una camilla y se lo llevaron. El archimago los siguió de cerca.

Payhu no pudo evitar que una risa de felicidad brotara de su interior, todo parecía haber salido bien. Por la actitud compasiva de Caleo, sabía que no era un hombre de quien desconfiar, sino que podría servirle como un sabio consejero. Y en cuanto Nemopy, había demostrado ser la planta serpiente rastrera trepadora y venenosa a la que él mismo había hecho referencia, de modo que ahora, Payhu tenía identificado un sospechoso y lo podría mantener vigilado.

En el duelo de alquimistas, El Señor había sido el auténtico vencedor, o al menos, se había hecho con los premios: ahora tenía un valioso y confiable consejero, además de su antídoto universal. Su gobierno sería largo y próspero, a diferencia del de sus predecesores.

Payhu tomó entre sus manos la botella que trajo Caleo, aún quedaba un poco de aquel líquido transparente.

<<¿Quién podría imaginar que una pócima tan poderosa llegaría a mí en un envase tan sencillo y tendría una apariencia tan austera>> pensó <<Insípida, liviana, incolora e inodora. Casi que parece agua>>.

Capítulo 4

Cuento IV

La Sombra escarlata

Pinky se movía de aquí para allá, siempre diligente en sus labores dentro de la fortaleza, atravesando pasadizos y recovecos que solo ella conocía. Parecía un ratón en aquel castillo, no por su cuerpo menudo y su textura achaparrada, sino por sus pasitos cortos, rápidos y silenciosos con los que se desplazaba.

La mujer sabía todos los secretos del lugar, y también los de aquellos que lo habitaban, o lo habían habitado alguna vez: Pinky estaba allí prácticamente desde que la fortaleza abrió sus puertas por primera vez.

En los tiempos en que el castillo aún era joven, Pinky había entrado en servicio como una simple ayudante de cocina. Desde aquel entonces, la fortaleza había cambiado de manos en reiteradas ocasiones, pero con el excelso desempeño en sus tareas, Pinky ganaba rápidamente la estima de cada nuevo señor que tomaba posesión de la fortaleza. El sentimiento no siempre había sido recíproco. Muchas veces ella consideraba indigno de aquel palacio a algún que otro señor, pero gracias a su astucia, la mujer lograba mantener ocultos sus pensamientos y deseos más oscuros.

Los años habían surcado el rostro de Pinky con profundas arrugas y cubierto de nieve el negro de su largo cabello. Pero acompañando cada cana y cada arruga, vino alguna nueva responsabilidad, un nuevo puesto.

Para aquel entonces, la mujer ostentaba el título de ama de llaves del castillo, y Ser Pyahu, El Señor de aquel momento, tenía tanta confianza en ella, que además le delegaba parte de la educación de sus hijos.

Ser Pyahu era un hombre bondadoso, honesto, sabio y generoso; muy diferente a sus predecesores. Lamentablemente, la educación de sus hijos no siempre le resultaba una tarea sencilla, especialmente después de que la madre de los niños hubiera fallecido por una enfermedad intestinal, un par de años atrás. Desde entonces, los pequeños veían a Pinky como una figura materna, y ella cumplía aquel rol con alegría, pues nunca tuvo descendencia propia. Había perdido a su prometido cuando era joven, y desde entonces, no volvió a enamorarse y se mantuvo celibe.

Aquella noche, Pinky recorría el pasillo meridional del torreón principal en dirección hacia los aposentos del joven Gary, el más pequeño de los hijos de Ser Pyahu.

Cuando llegó a la entrada de la alcoba, encontró que la puerta estaba abierta, y frente a ella, una antorcha ardía contra la pared del pasillo. La llama crepitante, oscilaba y proyectaba un lúgubre resplandor que danzaba contra los oscuros bloques de basalto que conformaban la gruesa pared.

En la alcoba, Gary aguardaba en su lecho, arropado entre unas mullidas mantas de piel de oso.

Gary era un niño alegre, extrovertido y particularmente curioso. Le encantaba que la anciana le relatara anécdotas divertidas, leyendas heroicas, y sobre todo, mitos de terror. Jamás conciliaba el sueño sin antes escuchar alguno de los cuentos de Pinky.

– ¡Ahí estás! –dijo el joven Señor cuando vio ingresar al ama de llaves
– ¿Qué historia me contarás hoy?

– Ya es tarde. Tu padre me envió a decirte que debes dormir inmediatamente.

– ¿Qué? –el niño la escudriñó con sus profundos ojos del color cielo
– ¡Vamos! ¡Solo una!

– Solo una... –contestó Pinky, que jamás podía resistirse a aquella mirada.

El ama de llaves se sentó en un taburete junto al lecho del joven, hizo una pausa de suspenso y comenzó su historia.

– Érase una vez, una bella sacerdotisa que moraba en el templo del sol.

>> Como cobre bruñido brillaba su piel morena, como oro puro resplandecían sus risos dorados, y como la luz de un faro reverberaba su adoración por Tupak, el Dios del Sol.

>> Tal era la veneración que la sacerdotisa profesaba hacia el astro del cielo, que estaba convencida que podría alcanzarlo, tocarlo, acariciarlo. Un día trepó un árbol, estiró sus brazos hacia el cielo, en dirección al sol, pero no lo alcanzó. Otro día, subió a lo más alto de una torre, estiró su brazo, pero tampoco lo alcanzó. Finalmente escaló una montaña, y veinte días le llevó aquella empresa; desde la cima estiró un brazo, pero aún así, no lo alcanzó.

>>Conmovido con la devoción de la sacerdotisa, Tupak derramó una pequeña lágrima dorada, y cuando la gota tocó el suelo, de ella nació una hermosa planta. Esbelto era su tallo, como corazones eran las formas de sus hojas y bella como la sacerdotisa era su flor: un disco bronceado rodeado de pétalos dorados.

>>La mujer interpretó aquello como un obsequio de Tupak, lo llamó girasol y se pasó la vida cuidando y adorando a la planta.

>>Después de muchos años, cuando llegó la hora culmine de la larga y apacible vida de la sacerdotisa, Tupak volvió a apiadarse de ella, y enlazó su espíritu con el de esa bella planta y con todas las de su descendencia.

>>Desde entonces, y hasta el fin de los tiempos, los girasoles contemplan y contemplarán al astro de fuego en su paso por el cielo, inclinando su tallo de un lado al otro para seguir su trayectoria.

– ¡No me gustó! – Chilló Gary.

– ¿No? Pero si te encantan mis leyendas –contestó la anciana con voz suave.

– A mí me gustan las historias de miedo ¡Cuéntame una de fantasmas!

– Dijimos solo una –dijo la anciana frunciendo el ceño.

– ¡Pues esta no cuenta! ¡Es una historia para niñas! ¡Cuéntame una de espíritus! –insistió el niño.

– Sabes que tu padre no quiere que relate ese tipo de historias.

– No le diré nada –prometió el niño, mostrando una sonrisa cómplice y picaresca.

– Está bien –dijo Pinky, resignada y suspiró profundamente –una de espíritus y luego a dormir. ¿Sí?

– ¡Sí!

– ¿Has escuchado hablar sobre el alma en pena que habita este castillo?
– preguntó en tono misterioso.

– No...

– Bueno, pues de eso va esta historia:

>>Hace muchos años, el legítimo dueño de todas estas tierras era un noble señor llamado Elroy. Excepto por sus cálidos ojos dorados, no era

muy apuesto: tenía cara regordeta, cabellera rizada color caoba y bigotes colorados que se enrulaban en las puntas. Aún así, las doncellas más hermosas de la comarca buscaban su favor, pues era un hombre rico y poderoso; pero él, a todas las rechazaba, su corazón ya tenía dueña.

>>Se trataba de una joven plebeya, que tampoco destacaba por su belleza, pero su astucia lo compensaba todo. Baja era su estatura, pero elevada era su sagacidad; rústicas eran sus manos, pero delicada era su sonrisa. Y su voz, ah su voz... era tan dulce y melodiosa que el canto de las aves parecían opacarse ante su presencia.

Elroy y su encantadora doncella se enamoraron, se comprometieron, y planificaron una vida feliz, apacible y colmada de hijos.

>>Antes de casarse, Elroy decidió que debía edificar un castillo más grande y más seguro para así poder concretar sus sueños de la gran familia y la vida tranquila.

>>Buscó a un constructor muy afamado en la zona y le encargó construir el castillo más grande y mejor guarnecido de la región.

>>Y así fue.

–¡Esta historia tampoco es de fantasmas! –interrumpió Gary –es solo otra de esas tontas historias románticas.

– Siempre tan impaciente... Aún no termina –la anciana hizo otra pausa, esta vez el silencio fue más tenso y prolongado.

La mujer cerró los ojos y se quedó inmóvil un instante. Su arrugado rostro lucía áspero y reseco como la corteza de un abedul.

La tenue y movediza luz de la antorcha ingresaba a través de la puerta abierta, y proyectaba sombras en la pared que bailaban con apariencia espectral.

Pinky continuó el relato sin abrir los ojos.

Esta vez, su voz que solía ser cálida y dulce, dio paso a un tono más tétrico y pausado.

>>Quinientos días y quinientas noches trabajó sin cesar el constructor para erigir esta fortaleza. El resultado fue un castillo como ningún otro alguna vez visto: un lugar con murallas impenetrables para cualquier intruso, lleno de pasajes secretos, caminos laberínticos, y trampillas en el suelo que culminaban en terroríficos fosos de profundidad incalculable.

– Para sorpresa de Elroy, el constructor resultó ser un hombre malvado, taimado y cruel. Cuando el castillo estuvo finalizado, se encerró en el interior y se proclamó Señor de las tierras.

>>Elroy estaba enfurecido. Sin dudar un instante, desenfundó su espada y se adentró a la fortaleza en busca del usurpador. Pero los pasajes y caminos le resultaron tan complejos como la trama de la red de una araña, el noble se extravió y jamás fue capaz de encontrar ni al constructor ni la salida. Muchos piensan que cayó en alguno de los fosos trampa, otros dicen que quedó vagando en el lugar día y noche hasta que finalmente pereció por inanición. Nadie lo sabe con certeza.

>>Pero algo es seguro.

>>Su espíritu sigue rondando los pasajes del castillo, buscando al usurpador, lleno de odio; buscando con insaciable sed de venganza. Cuenta la leyenda, que ahora su cabello se transformó en ardientes llamas rojas, que sus ojos son doradas antorchas refulgentes de odio y que de su nariz y boca despiden fantasmales volutas de humo rojizo.

>>Llamas, fuego, fuego y humo.

>>La sombra escarlata lo llaman, y dicen que no descansará mientras personas indignas habiten su palacio.

– ¿Tu lo has visto? –Gary parecía temblar, tenía los ojos abiertos como platos.

– No... Pero hay más –contestó Pinky, en un tono aún más sombrío.

>>Solo un año después de la muerte de Elroy, el constructor perdió la vida por una enfermedad extraña y repentina. No tenía herederos, así que el rey asignó estas tierras y el castillo a otra familia noble.

>>Tres años más tarde, la familia entera de los nuevos propietarios se extinguió, su apellido ha muerto en el olvido. Algunos fallecieron en accidentes trágicos; otros tantos, por afecciones extravagantes; y el cabeza de familia sufrió un asesinato macabro.

>>Así fue sucediendo una y otra vez, nuevas familias se alzaron como señores del castillo, y la historia se repitió. Ningún Señor ha gobernado aquí por más de siete años... –el ama de llaves abrió los ojos de repente, y una luz fatua pareció centellear en sus pupilas.

– ¿Le pasará algo a mi papa? –ahora el niño temblaba bajo sus mantas de pieles, como si un frío glacial azotara su cuerpo, y sus ojos al borde de las

lágrimas, parecían un lago brillando bajo la luz del sol.

– No pequeño. Es solo una tonta historia, no le pasará nada a tu padre ni a ti –Pinky sonrió dulcemente tratando de tranquilizar al niño –¿Ves? Por eso a tu padre no le gusta que te cuente este tipo de cuentos.

–No tengo miedo –dijo el niño, pero su voz era entrecortada.

La anciana se incorporó y le dio un beso en la frente.

–Bueno, ¡Hora de dormir! –dijo la mujer y se dirigió a la puerta dando pasitos cortos.

–¡Pinky...! ¿Puedes dejar la puerta abierta y la antorcha de afuera encendida? –dijo Gary.

La mujer dio media vuelta y sonrió nuevamente.

– Claro corazón –contestó con voz suave, y luego se marchó.

Pinky caminó nuevamente por los pasillos, sus pisadas no producían sonido alguno sobre la mullida alfombra color sangre.

Se dirigió a sus aposentos, pues ya había terminado todos sus quehaceres y era hora de descansar.

Su alcoba era un recinto bastante grande y se encontraba muy bien amoblada para alguien de la servidumbre, pues Ser Pyahu trataba a la anciana como un miembro más de la familia. La estancia tenía su propio cuarto de baño, un amplio vestidor, y un enorme ventanal con balcón que daba una hermosa vista hacia los jardines internos del castillo. En el centro de la alcoba había una antigua cama de madera tallada y bien ornamentada, coronada con un dosel de seda rosa; contra la pared meridional había un gran armario donde, aun guardando todos sus atavíos, sobraba la mitad del espacio; en la cara septentrional había un pequeño escritorio de roble junto a una repisa; y contra la pared occidental se encontraba un aparador cerrado con candado, donde guardaba sus posesiones más valiosas.

Cuando la mujer entró a la alcoba, tomó la llave del aparador, que pendía de una cadenita colgada en su cuello.

Se acercó al mueble con pasitos rápidos y lo abrió.

En el interior había unas cuantas joyas y un montón de frascos llenos de sustancias con colores estridentes. Entre las alhajas destacaban un hermoso relicario dorado y un anillo de oro adornado con un rubí.

Recogió el relicario, lo contempló con nostalgia por varios segundos y luego lo abrió. Adentro, tenía un pequeño retrato pintado finamente en óleo. Era el rostro de un joven de cachetes rellenos, con ojos dulces y dorados como la miel, cabello rizado de color bermellón y elegantes bigotes que formaban prolijas volutas en los extremos.

Pinky le dio un beso a la imagen y cerró el relicario.

Suspiró profundamente con la vista clavada en las pócimas.

Tomó uno de los frascos y lo destapó. Contenía un líquido espeso de un dulce color rosa.

<<Dulce sueño>> pensó.

Ya era hora de descansar, había terminado todos sus quehaceres.

Bebió el contenido del frasco de un solo trago. No tenía sabor.

Se dirigió a la cama, se recostó. Sonrió dulcemente y cerró sus ojos.

Capítulo 5

Cuento V

El Gato Vivo y Muerto

Mi nombre es Inky y soy un gato muy astuto, viejo y astuto. ¿Un gato? ¿Cómo podría un gato escribir un texto o narrar una historia? Te preguntarás. Pues bueno, esto es fantasía y cualquier cosa puede suceder. Aunque si eres uno de estos sujetos que necesitan encontrar una explicación lógica a todo; digamos, que alguien escribe esto por mí.

Pero me fui de tema. Como decía, soy un gato, soy inteligente, tengo unos ojos azules muy bonitos y soy muy modesto. Ah, y como también mencioné, soy viejo. Pero no tan viejo como el castillo en el que vivo. ¡Un castillo! Cool ¿Verdad?

La verdad que sí, debo admitir que vivir en una fortaleza tiene sus ventajas. Me lo paso todo el día trepando, que es mi pasatiempo favorito. Escalo torres, salto a los tejados, vagabundeo por los muros, vivo la vida. Y les diré algo, esto no es Disney, todos los castillos están plagados de ratas, éste no es la excepción. Ya sé, ¡Ratas! son desagradables para ti, que eres humano, pero no para mí, que soy un gato. Mantienen mi pancita muy contenta.

Pero habitar un castillo también tiene sus contras, sobre todo, cuando se vive en un contexto medieval en el que la gente es extremadamente supersticiosa. ¿Saben? Aquí todo el mundo dice que traigo mala suerte.

Yo creo que en realidad me tienen envidia. Envidian mi espeso, brillante y suave vello negro; pues los humanos se tienen que cubrir con trapos, es que su piel está casi al descubierto. Pobre de ustedes, deben sentir frío, y seguro que esos harapos pican.

La cosa es que no tengo muchos amigos en el lugar. Antes tenía uno, se llamaba Clyde. Tenía unas pantorrillas ideales para rascarse, y me trataba muy bien. A él también le gustaba andar sobre los muros, solíamos recorrer juntos el castillo durante muchas horas. Siempre que Clyde salía a merodear, lo hacía de día, pero una vez, decidió hacer una salida nocturna.

Mala decisión ¿Saben?: los ojos de los humanos son bastante inútiles, sobre todo en la noche.

La cuestión es que Clyde tropezó y cayó de la muralla. Aparentemente, su madre nunca le enseñó lo básico de las caídas, eso de aterrizar de pie; entonces, se dio un golpecito en la cabeza, y bueno, ya se imaginarán el resto.

¿Recuerdan que mencioné lo supersticiosa que es la gente de la edad media? Bueno, El Señor del castillo dijo que fue mi culpa. ¡Mandó a cazarme! Edad media, el Señor habla, los siervos obedecen.

Tardaron veinte días en atraparme. Claro, soy un ser muy escurridizo, y el castillo está lleno de pasadizos muy complejos. Yo los conozco mejor que nadie, siempre deambulo de acá a allá. Pero una mañana, me acorralaron contra un rincón, eran seis personas y no tuve escapatoria.

Bueno, a parte de ser supersticiosa, esta gente es cruel y retrógrada. Me encerraron en una caja metálica y un hechicero puso una pócima asquerosa adentro. Era una sustancia de un verde intenso, estaba en una botellita de cristal que no tenía corcho.

Iban a dejarme encerrado hasta que me muera de hambre y sed, o hasta que me atreviera a tomar la poción. ¡Ni de broma iba a hacer eso!

¿Recuerdan que dije ser un gato inteligente? Pues, tenía un plan. Me quedé allí, quietecito, sin hacer ruido. Al otro día, un hombre abrió la caja para ver cómo me encontraba. Yo permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, conteniendo la respiración –¡Está muerto! –dijo el hombre tonto.

Al ser informado, El Señor de la fortaleza, ordenó que me sacaran del castillo, y eso hicieron. Edad media, El Señor habla, los siervos obedecen.

Me mantuve quieto un rato, pero cuando no olfateé nadie cerca, me incorporé y regresé al palacio. Soy muy bueno trepando murallas, por si no había quedado claro.

Desde entonces, me he vuelto un tanto temeroso, debo reconocer. Siempre estoy atento a que no haya personas acechando y en lo posible, solo deambulo por las noches, cuando los torpes ojos de los humanos le impiden darme caza. Recorro solo zonas altas, tejados, y cima de muros; allí no logran alcanzarme. A veces lo intentan, pero nadie es rival para mí. Soy un gato muy inteligente, y muy viejo.